



OBISPO DE CARTAGENA

BODAS DE PLATA, ORO Y DIAMANTE SACERDOTALES

Misa con los sacerdotes de la Diócesis de Cartagena

14 de mayo de 2018

Querido Don Francisco Gil Hellín, Arzobispo emérito de Burgos,
Queridos hermanos sacerdotes,
Felicitaciones a los que celebráis el aniversario de la ordenación,
Familiares, amigos,

Hermanos

El tiempo litúrgico que estamos celebrando nos ayuda a entrar más dentro del Misterio de Dios y renovar la esperanza y la alegría de haber sido llamados por Él a la santidad, como vocación esencial, tal como le dijo el Señor a Moisés: *“Habla a toda la comunidad de los israelitas y diles: Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo”* (Lv 19, 1). Dios, que por su esencia es la suma santidad, el tres veces santo (Cfr. Is 6, 3), se acerca al hombre, al pueblo elegido, para insertarlo en la 'comunidad' en la santidad de Dios mismo: *“Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”* (Ex 19, 6).

En los textos de los Hechos de los Apóstoles, la 'comunidad' en la santidad de Dios significa la santificación obrada en nosotros por el Espíritu Santo; en virtud del sacrificio de Cristo y la manifestación del Espíritu aparece, sobre todo, ligada a la experiencia misionera de la Iglesia. ¡Cuántas veces hemos predicado la grandeza de Pentecostés! Hemos aprendido a integrar dentro de nuestro ser la presencia del Espíritu, que nos abrió a la misión; cómo empujó a la Iglesia con valentía, llamando a los hombres a la fe, capacitando a los discípulos para realizar prodigios (4,31; 8,15-17; 10,44-47; 13,1-4; 20,21-22). Pero reparad en el cuidado que tuvo el evangelista San Lucas para subrayar la dimensión cristológica de la experiencia del Espíritu Santo. Es la promesa suprema de Jesús (Hch 1,8; Lc 24,49), el don del Señor glorificado (Hch 2,33); el testigo por excelencia (5,32). La acción del Espíritu en la Iglesia está tan íntimamente ligada a la persona de Jesús que Lucas le llegó a llamar una vez: "el Espíritu de Jesús" (Hch, 16,7).

Todos reconocemos el gran regalo que nos ha hecho el Señor cuando nos llamó para ser sacerdotes. Los que celebráis las bodas de diamante –Mateo Carbonell, Juan Sánchez Díaz y Donato Torrecillas– tenéis más razones para dar gracias, porque habéis participado, como excelentes testigos, en la vida de mucha gente que os abrió las puertas de su ser, sólo porque les ofrecíais la confianza de ser enviados por el Señor y la garantía de ser portadores de la luz de Dios. Con vuestros sesenta años de vida sacerdotal ya tenéis escrito un libro de experiencias gozosas, la satisfacción de haber cumplido la palabra que le disteis a Dios en el día de vuestra ordenación sacerdotal y me imagino que también os habréis tropezado de cara con el feo rostro del demonio con

los intentos de sus malas artes, pero la fuerza del Espíritu os ha hecho vencer y estáis aquí con ilusión. La Iglesia de Cartagena os reconoce vuestra labor y damos gracias juntos por vuestro ejemplo.

A los que celebráis las bodas de oro –Damián Abellán, José María Barquero, Juan Fernández, Gabriel Galián, Francisco García, Antonio León, Antonio López, Manuel Lorente, José Marco Santa, Antón Martínez Riquelme, Cristóbal Robles, Pedro Manuel y Ricardo Luis–, con 50 años de servicio generoso a la Iglesia donde quiera que se os haya pedido, tenemos que lanzar también las campanas al vuelo para dar gracias por toda una vida entregada y valiente, porque no ha sido fácil, los tiempos que os han tocado vivir han estado revueltos, pero es cierto que os han servido de reto para seguir cumpliendo la tarea a la que os llamó el Señor. La vocación al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ha sido un don inestimable de la bondad divina, un don preciso que debemos seguir implorando con insistencia, confianza y humildad. La llamada fue un regalo de Dios, ahora, después de 50 años de servicio, reconoceréis la inestimable ayuda de Dios, porque vosotros sólo tuvisteis que abrir puertas, facilitar la escucha, crear ámbitos de oración, porque de lo demás ya se encarga Él. ¡Cuánto habéis recibido del Señor! Dios vino a vosotros muchas veces y os encontraba unas veces en el desierto y muchas más en el oasis, en la dulzura de haber aprendido a servir con gozo, en la de haber estado con todos los que os han necesitado, también en sus alegrías y en sus penas. Ahora, con muchos años a la espalda, podréis evaluar esta aventura de haber amado como Cristo nos amó.

A vosotros –Juan Alfonso Breis, Juan Matías Caballero, José Antonio Cano, Bibiano Escudero, José Antonio García, Luis Miguel García, Vicente Hernández, Joaquín López, Felipe Martí, Fernando Nadal y Juan Tudela–, os he conocido durante la etapa del Seminario, hasta que os estrenasteis como flamantes curas dispuestos a “comeros el mundo”. Permittedme que recuerde a vuestro compañero Pablo, que fue llamado al seno del Padre a una temprana edad. Me uno a todo el presbiterio diocesano para felicitaros a vosotros en la alegría por vuestra entrega y por vuestro testimonio de vida. A eso fuisteis llamados hace 25 años, a servir, al anuncio del Evangelio y al testimonio. No os han faltado ocasiones para la admiración por las obras de Dios a través de vuestras manos, por las puertas que se os han ido abriendo y las ayudas que habéis prestado, como buenos samaritanos: curando heridas, oyendo penas, perdonando pecados, catequizando y fortaleciendo la fe, celebrándola y sirviendo, siempre sirviendo. El Buen Pastor está en el centro de vuestra vida, como modelo perfecto de entrega y sacrificio.

Queridos hermanos sacerdotes, todos y cada uno de vosotros, sabéis que Jesucristo nos ha enseñado a vivir con una vida sencilla y sobria, sin caer en la borrachera de la palabrería o en la embriaguez de la autocomplacencia, dejándose llevar sólo de sentimientos emotivos de bienestar y satisfacción. De Jesús habéis aprendido que Él es la fuente del agua viva de donde bebéis; que es la misericordia y el perdón; que nos pide que permanezcamos firmes en la fe con un amor que acoge, que perdona, que se solidariza con los sencillos, que busca la justicia y la paz, que da y se da. Estoy seguro que en el ejercicio de vuestro ministerio habréis encontrado momentos de mucha alegría y otros de bastante agobio, y más de una vez os habréis tenido que decir: “¿para qué sirve mi vida si no es para darla?”. Y vuelta a empezar con el rostro iluminado de la fe, lejos de las ataduras esclavizantes del pecado que paralizan; habéis seguido siempre adelante desde la libertad para volver a trabajar en la viña del Señor. Vuestra vida es

sobria, pero también es audaz, capaces de iluminar vuestra existencia y vuestro trabajo pastoral con la presencia de Dios que nos ama y nos sigue llamando.

En este día de fiesta es necesario que recordemos a los que nos ha precedido y ya están con el Señor, especialmente recordamos a los que han muerto desde mayo del año pasado hasta hoy: José Carbonell, José Antonio Trigueros, Miguel Écija, Cándido González, José María Lozano, Pedro Ballester, Juan Valverde, Antonio Sánchez López, José María Serrano, Antonio Sánchez Hernández y Pedro Pelegrín. Que descansen en paz. Siempre en nuestro recuerdo.

Orad al Señor por los seminaristas, pero especialmente por los que este año se incorporarán al presbiterio diocesano con la ordenación sacerdotal.

La alabanza y la acción de gracias es la mejor respuesta que debemos dar a Dios, también eso lo hemos aprendido de Nuestra Madre del cielo. A ella acudo, bajo la advocación de Nuestra Señora, Reina de los Corazones, para pedirle que interceda ante Jesús por nosotros y nos conceda la gracia de responder a Dios como Ella lo hace. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena